

caba con tanta unción, y sus virtudes y palabras producían tal impresión en el pueblo, que pronto se vió precisado á predicar en campo raso, donde al paso que hacia entrar á la multitud en el camino del Evangelio, llegó, ¡ cosa sorprendente ! á reformar las costumbres del clero. Loyola tenía numerosos bienes que divide con los pobres, empleando el resto en fundar asilos para los necesitados vergonzantes; establece la oración conocida en la Iglesia bajo el nombre del *Angelus*; y sustrayéndose á la admiración que el pueblo le manifestaba, se apresura á marchar para arreglar los asuntos de sus compañeros.

Habiase aumentado su familia naciente durante su ausencia, con el ingreso de tres individuos, teólogos de la universidad de Paris y experimentados por Lefèvre, cuyos nombres eran Claudio Le Jay, de la diócesis de Génova; Juan Codure, natural de Embrun, y Brouet, oriundo de Bretancourt en Picardía, dignos por su ciencia y virtudes de asociarse á la empresa que Ignacio proyectaba.

El 8 de enero de 1537 se dirigieron á pié á Venecia, como habian convenido con Loyola, quien los aguardaba ya en las riberas del Adriático.

Este agregado de talentos y sacrificios empezaba ya á producir copiosos frutos, que suscitaron á Loyola una multitud de rivales, adversarios y admiradores. Habíanse ya difundido por el mundo la fama de su predicación, los prodigios obrados por su mediación en España, las discusiones religiosas que sostuvieran sus compañeros durante su viaje, y los triunfos conseguidos por su irresistible lógica contra los Protestantes alemanes.

Hallábase á la sazón en Roma el cardenal Juan Pedro Caraffa, arzobispo de Theate y fundador de la Orden de Clérigos regulares (vulgo Theatinos), en cuya corporación habia rehusado Ignacio tomar parte. Podíase temer que Caraffa contrariase sus designios, por lo que Ignacio creyó deber dispensarse de seguir á sus hermanos, dirigiéndose antes de su partida á la Tierra Santa á suplicar al Papa que bendijese sus trabajos apostólicos. Pedro Ortiz, enviado del emperador Carlos V cerca del soberano Pontífice, habló á Paulo III en favor de estos nuevos misioneros, quien después de haberlos visto y oído, les concedió lo que solicitaban con la facultad de recibir las órdenes sagradas por cualesquiera obispo, y el 24 de junio fueron ordenados sacerdotes en Venecia por el obispo de Arbe.

Concluida la liga formada entre Carlos V, la república de Venecia y la santa Silla contra los turcos, se le cerraban á Ignacio las puertas de Oriente; porque la interrupción de las relaciones comerciales y el temor de los piratas no permitían salir de los puertos á ningún navío mercante. Así transcurrió el año de 1538 entre la alternativa del viaje y el ejercicio de la predicación en Vicenza, Monsalicio, Trevisa, Bassano y Verona, viéndose los futuros Jesuitas desembarazados de la primera parte de su voto por la fuerza de las circunstancias; pero si las puertas de Palestina les estaban cerradas, las de Roma se hallaban abiertas. Poniéndose allí á la disposición del Papa podían cumplir la segunda parte del voto.

Ignacio, Lefèvre y Laynez, se dirigieron solos á la capital del mundo cristiano, esparciéndose los demás por las más célebres universidades de Italia á fin de hacerse prosélitos, y respondiendo á todos los que al ver sus extraños y pálidos semblantes les preguntaban quiénes eran y á qué instituto pertenecían: «Somos asociados bajo la bandera de Jesucristo para combatir las herejías y los vicios; formamos parte de la Compañía de Jesús.» Loyola habia tenido siempre presente en su imaginación este nombre desde su salida de Manresa. Anunciábale ya en la meditación de los dos estandartes, y recibió su confirmación de un modo milagroso.

Encontrándose Ignacio en Storta, á dos leguas de Roma, penetró solo en una capilla para encomendar á Dios su Sociedad naciente y su entrada en la población. Allí, sumido en un éxtasis profundo, ora por la fuerza de su imaginación, ora por intervención de la Divinidad, vió con los ojos de la fe al Padre eterno que le recomendaba á su Hijo, y que Jesucristo cargado con la cruz aceptó su sacrificio y el de sus compañeros, y volviéndose hácia él con una mirada risueña: «Yo os seré propicio en Roma, le dijo.»

Apenas hubo recobrado Ignacio la sensación vital, cuando inflamadas aun sus facciones y embriagado de felicidad, sale de la capilla, y comunica á Lefèvre y á Laynez el prodigio de que acababa de ser testigo. Saben que Jesucristo les será propicio en Roma tanto en los sufrimientos como en los triunfos de su Orden. Esta promesa, que confirmaban las palabras de Loyola y su aspecto inspirado, no cayeron por cierto en una tierra estéril: ambos discípulos creyeron la realidad de su revelación. Mas tarde, cuando hubieron pasado las exaltaciones del momento, y cuando Ignacio

escribía tranquilo en medio de los suyos las Constituciones de su Sociedad, repitió en lenguaje castellano que el Padre eterno le había asociado á su Hijo en el momento de su revelación¹. Algunos días después de esta vision, célebre en la historia porque legó á los hijos de Ignacio el nombre de Compañía de Jesús, los tres compañeros se dirigieron á Roma. Era el mes de octubre de 1538.

Bajo el pontificado de Paulo III (de la familia de los Farnesios) la Silla apostólica había perdido una inmensa parte de su prestigio en el espíritu de los pueblos. A los ojos de los fieles era todavía esta corte el centro de las naciones cristianas, pero el viento de la revolucion rugía furiosamente contra su autoridad.

Habíase dormido la Iglesia en los días de su prosperidad y de su apogeo, confiada en la palabra de su divino Pastor. Habíasela visto aspirar á las glorias humanas, y ofrecer en su seno un asilo á todas las ciencias como á todas las artes renacientes; pareciendo pretender en el esplendor de su magnificencia dominar al mundo por su lujo, como le dominaba por la fe. De aquí se originaban nuevas pasiones al través de las grandes cosas que realizaban ó inspiraban los últimos Papas. Las riquezas del clero habían introducido en la mayor parte de sus miembros una excesiva afición hácia los placeres mundanos, que rayaba algunas veces en desenfreno.

Habíase abusado en el universo del triunfo de la acción religiosa. El abuso conducía á la reflexion; esta acarreaba la duda, y sabido es que desde la duda al cisma y á la herejía no hay mas que un paso. Este paso ya se había dado. Roma vió emanciparse e su comunión á varios Estados de Alemania, á la Suiza y á la Inglaterra. Las ideas de reforma pululaban en el Piamonte, germinaban en la Saboya, en el fondo de los Alpes, en las orillas del Rhin y en Francia. Roussel, obispo de Oloron, las esparcía en su diócesis, bajo la proteccion de Margarita de Valois, reina de Navarra. En la misma Italia, en derredor del patrimonio eclesiástico, habían tambien encontrado eco, merced á la duquesa de Ferrara Renata, hija de Luis XII, que seguía en su corte las lecciones de Calvino. Veíaselas fermentar asimismo en la Rumania, desde donde se esforzaban por introducirse en la ciudad de los Césares. Mas no eran ciertamente los pueblos los primeros que se

¹ Cuando el Padre eterno me puso con su Hijo.

dejaban arrastrar por el torrente de las innovaciones. Estos transmitían á los monarcas y á los grandes el derecho de iniciativa. El principio de autoridad no había sido aun combatido en brecha ni minado por su base. Los pueblos se limitaban á obedecer por una especie de instinto, y sin esperar un nuevo orden de cosas como precursor de una mas larga ventura, veneraban lo que la tradicion les enseñaba á respetar.

Mas no sucedía así en las altas regiones del poder. El dominio temporal de los Papas, su ascendiente sobre los soberanos, el imperio que ejercían en nombre de la Religion, y que á veces (aun en detrimento de la misma Iglesia) monopolizaban en favor de sus familias: el fausto de los unos, la ambicion de los otros, y la austeridad religiosa del mayor número, todo esto reunido agolpaba contra la nave de san Pedro una horrorosa tempestad. Esta se nutria en el corazon de los reyes, germinaba en la mente de algunos eclesiásticos amigos de novedades ó seducidos por el deseo de un renombre, y se lanzaba sobre todo en los monasterios en donde reinaban toda clase de desórdenes: siendo unos arrastrados por la rivalidad y los celos, otros por culpables pasiones, y todos por la codicia. Comprendían muy bien que al separarse de la unidad, llegarían por medio de la violencia á verse poseedores de los bienes eclesiásticos secuestrados al clero en el hecho mismo de la separacion.

Esta reflexion á nadie se le ha escapado, ni aun á los mismos escritores protestantes. Robertson, en el libro XI de su *Historia de Carlos V*, asegura esta verdad como de una evidencia deplorable. No era, dice, un culto mas verdadero el que invocaban los hombres y los sacerdotes apóstatas, sino la confiscacion de bienes. Se los apropiaron en Inglaterra y en Francia. En cuanto á la Alemania, se explica así el autor escocés. «Como los príncipes católicos «del imperio hicieron observar exactamente esta convencion¹ en «todas las ocasiones, llegó á ser en Alemania la valla mas fuerte «de la Iglesia romana contra la Reforma. No hallándose ya los «eclesiásticos desde este momento incitados por el atractivo del «interés á renunciar á sus creencias, se hallaron muy pocos asaz

¹ La convencion de que habla el historiador Robertson es la de Ausburgo, en la que se reserva al clero católico la disposicion de los beneficios de todos aquellos que renunciasen en lo sucesivo á la Religion romana. Es lo que se llama *la reserva eclesiástica*.

«inclinados en favor de la nueva doctrina, que quisiesen sacrificarla los ricos beneficios que poseían.»

Así, según decía este protestante, no había adquirido el luteranismo un incremento más formidable que cuando le ofrecieron el secuestro. Luego que dejó de ser autorizada para verificarle, la religión reformada contó un menor número de sectarios.

La revolución que este cambio de creencias producía en la mente de los pueblos, y las consecuencias que el estado monárquico debía experimentar en Europa, no modificaron en nada los pensamientos secretos de los soberanos. Un fraile apóstata acababa de dar la señal del combate; los príncipes pervertidos ó sanguinarios respondieron á él; soberanos obcecados á quienes intimidaba la ambición de Carlos V, que pretendían á todo coste humillar su arrogancia imperial, y que no advertían que él mismo hundía su imperio no ligándose con ellos contra el enemigo común. No era entonces el adversario más terrible de los reyes Carlos V con sus ensueños quiméricos de monarquía universal, ni Francisco I sumido en la embriaguez de sus galanterías, ni tampoco Enrique VIII con sus pasiones desenfrenadas, y amenazando incendiar como un volcán todo cuanto alcanzaba: esta ambición, estas galanterías y estas pasiones se encuentran en todos los siglos; pero lo que no se había visto aun en ninguno, era la mala inteligencia del poder que deja extenderse el espíritu de libertad hasta las cuestiones religiosas, sin prever que tras las discusiones de la religión, se discuten los derechos de los soberanos.

Hay en las historias épocas infaustas en que los reyes parecen atacados de un vértigo infernal. Queriendo permanecer algunos días más en pacífica posesión de sus tronos vacilantes no se atreven á comprimir las revoluciones, á profundizar su origen, ni á poner un remedio instantáneo que las sufoque en agraz. Aceptan con una mano las transacciones que su corazón reprueba, uniéndose con la otra á los que más tarde, al hallarse en una posición elevada, deberán por precisión atentar contra ellos. En estas fases que se presentan al principio de todas las revoluciones, véanse algunos monarcas que desertando su causa propia van á colocarse por ambición bajo la enseña de las ideas nuevas. Estos, como todos los príncipes alemanes que abrazaron en 1540 la causa del protestantismo, solo ven y se gobiernan por lo presente. Lisonjean á los pueblos, se sirven de ellos, aprueban su apostasía, y los imi-

tan bajamente. Pero cuando estos han vencido vuelven contra la monarquía las armas que los soberanos les confiaron contra Dios mismo.

Estas son las faltas ó verdaderos crímenes de los reyes que la historia no debe pasar en silencio: el error de las masas no pasa de ser un error; un brazo vigoroso puede triunfar de él con facilidad; pero la traición que los príncipes hacen á sus deberes, es un verdadero delito, puesto que en vez de precaver el mal salen á su encuentro, y aun le reciben con los brazos abiertos.

La crisis del protestantismo era sin duda la más peligrosa de todas las que la Iglesia debía tolerar. Las dificultades dimanaban de la multiplicidad de las acusaciones, de la rapidez con que se propagaban; y por último, de la entusiasta adhesión que se notaba en la muchedumbre. En el momento que hacían vibrar en sus oídos las palabras de independencia y libertad; cuando pretendían eximirlos del yugo sacerdotal y de los impuestos repartidos por el clero, y cuando les mostraban en perspectiva los ricos dominios que las Órdenes religiosas habían fecundado, prometiendo adjudicárselos, las masas se agolpaban en seguimiento de los grandes, reclamando como ellos la destrucción de la Iglesia.

Esta tenía en su seno enemigos aun más encarnizados: la corrupción había penetrado aun hasta en el santuario, corrupción espantosa en cuanto empleaba las cosas santas para extender su germen por todas partes. La depravación reinaba en los claustros, sentábase en el altar, y suministraba á los sectarios las armas más poderosas: porque el pueblo no discute contra la Religión, sino contra sus ministros y sacerdotes. Habían llegado estos á introducir la duda en materia de religión, entregándose sin pudor y sin freno á todos los desórdenes, contra los que habían recibido la misión de oponerse.

Paulo III se alarmó, y con razón, de una situación que debía continuar agravándose de día en día, si no se empleaban remedios pronto y saludables. El mal se generalizaba por todas partes lo mismo en la corte romana que en las diócesis y conventos. Necesitábase extirparle antes de pensar seriamente en combatir la herejía.

Para emprender la obra de la reforma nombró en 1538 una Congregación compuesta de cuatro cardenales y cinco abades ó prelados, escogiendo los nueve siguientes como más virtuosos y científicos. Los cuatro cardenales eran Contarini, Sadolet, Caraffa y

Polus; los cinco prelados, Fregosí, arzobispo de Palermo; Gerónimo Alejandro, arzobispo de Brindis; Giberto, obispo de Verona; Cortesi, abad de San Jorge de Venecia, y Tomás Badía, maestro del sacro palacio. Exigia la santa Silla de estos médicos que acababan de sondear las miserias del catolicismo el medio de cicatrizar tantas heridas, quienes después de haber hablado de todo lo que era necesario separar en las diferentes ramas del árbol eclesiástico, añadieron:

«Las Órdenes religiosas están de tal modo viciadas, que vienen á ser la piedra de escándalo para los seglares, y perjudican mucho á la cristiandad con su ejemplo. Creemos urgentísimo el abolirlas todas sin ultrajar á ninguna, prohibiéndolas solo el recibir mas novicios. De este modo quedarán bien pronto extinguidas sin perjudicar á ninguna; pudiéndolas después sustituir con verdaderos religiosos. En la actualidad creemos que seria conveniente eliminar de los monasterios á todos los jóvenes que no han profesado. Otro de los abusos que perturban al pueblo cristiano son las religiosas que existen bajo la dirección de los frailes conventuales. En la mayor parte de los monasterios de monjas se cometen sacrilegios públicos con escándalo de los ciudadanos. Su Santidad debe derogar á los conventuales toda autoridad sobre las religiosas, adjudicando á los obispos ó á otros extraños la dirección de los referidos monasterios.»

Este cuadro desolador no ha sido ciertamente trazado por una mano enemiga; hállase en los archivos del Vaticano, y no se limita á estas revelaciones. La Congregacion dirige una ojeada hácia la instruccion de los pueblos y sobre la educacion de los niños. Declara que después de haber inficionado la masa general de los hombres ya formados, corrompian tambien á la juventud por medio de culpables doctrinas, y continúa así:

«Existe en las escuelas públicas, principalmente en las de Italia, el pernicioso abuso de admitir como directores y catedráticos á muchos cuyas doctrinas son impías. Aun en las iglesias mismas se oyen disputas escandalosas, discutiendo ante el pueblo las cosas divinas de un modo irreverente.»

Tal era la situacion de la Iglesia; las Órdenes religiosas no podian en el comun peligro ofrecerla socorros pronto y eficaces. De la mayor parte de ellas solo podia esperarse el escándalo ó el abandono.

Este fue el momento en que Ignacio, Lefèvre y Laynez fueron á echarse á los piés del Pontífice. Paulo III acogió con júbilo á estos nuevos obreros, á quienes ya habia experimentado, y para no dejar enfriar su celo confió á Laynez la cátedra de teología escolástica en el colegio de la Sapiencia, encargando á Loyola la mision de trabajar bajo su autoridad apostólica en la reforma de las costumbres romanas, afeminadas por una felicidad demasiado constante y estimuladas al vicio por la demasiada aficion á las artes.

El cielo echó su bendicion sobre los trabajos de Loyola y sus compañeros; pero esto no era bastante; era preciso dar un cuerpo al pensamiento siempre fijo de Ignacio. Llama á Roma los siete sacerdotes que habia dejado en diferentes ciudades de Italia, y teniéndoles en derredor suyo á principios del año de 1539, les dijo: «El cielo nos ha cerrado la entrada en Palestina para franguearnos el universo entero. Nuestro pequeño número no era suficiente para semejante obra; se ha aumentado, y se acrecerá aun, ya casi formamos un batallon: pero como es cierto que los miembros no se fortifican en un cuerpo hasta que se hallan unidos por un mismo lazo, será preciso establecer leyes que arreglen la familia reunida á la voz de Dios, y que no solamente comuniquen la vida á la sociedad que vamos á establecer, sino mas bien una duracion eterna: oremos juntos y en particular para conocer la voluntad divina.»

Manifestóseles en efecto como Ignacio lo deseaba, y en la segunda reunion convinieron unánimes en someter la sociedad á la aprobacion del Papa para que tomase el carácter de religion. Hallábase á la sazón el Pontífice ausente de Roma para asistir en la ciudad de Niza á la entrevista de Carlos V con Francisco I. El cardenal Caraffa, su legado, solo pudo transmitirles las licencias para predicar. La uncion de sus discursos produjo efectos tan sorprendentes, que pronto cambió completamente el aspecto de la ciudad.

Habian elegido por teatro de su apostolado las iglesias mas populares: predicando Ignacio en castellano en Nuestra Señora de Montserrat, y sus compañeros en italiano; Lefèvre y Francisco Javier, en San Lorenzo in Dámaso; Le Jay, en san Luis de los franceses; Laynez, en San Salvador in Lauro; Salmeron, en Santa Lucía; Rodriguez, en el Santo Ángel in Piscina, y Bobadilla en

San Celso. El cardenal Savelli, vicario del Papa, habia conferido á Laynez el poder de visitar y reformar las parroquias de Roma.

Hallábase en esta ciudad un religioso eremita de san Agustin con gran fama de orador. Este monje, llamado Agustin de Piemont, era un partidario acérrimo de las doctrinas de Lutero, y bajo pretexto de predicar contra la relajacion de la disciplina eclesiástica, procuraba inocular en el pueblo el veneno de la herejía. Advertido Loyola del escándalo en el centro mismo del catolicismo, rehusa dar asenso á la delacion, y comisiona á Laynez y á Salmieron, poseedores del secreto del luteranismo, para que asistan á los sermones del Agustino. Averiguada la verdad del caso le mandó Loyola un aviso caritativo, de que hizo poco caso el fraile, declarando desde entonces guerra abierta á los que interceptaban su paso en la propagacion del error. Los futuros Jesuitas no guardaron ya con él consideracion alguna, y subiendo á los púlpitos quitaron la máscara al infame lobo que se cubria con la piel de oveja.

El Agustino no pudiendo vencerlos por medio de la persuasion, confió triunfar de ellos por la calumnia. Cuatro españoles aseguraron que Loyola era un hereje, y que habia sido quemado en effigie en Alcalá, Paris y Venecia, ofreciendo aducir las pruebas de su aserto. Parecieron al pueblo tan graves estas revelaciones, que muy luego perdió Loyola su prestigio: pero prestándole nuevas fuerzas lo absurdo de la acusacion, se presenta á Conversini, obispo de Bertinoro y gobernador de Roma, pidiendo fuese examinado su proceso sin dilacion. Dióse principio al exámen de las pruebas, y á poco tiempo se vió terminado aquel.

Acusaban á Ignacio de haber sido quemado en estatua en tres ciudades de España, Francia é Italia. Hallábanse á la sazón en Roma por un singular concurso de circunstancias, tres magistrados eclesiásticos que habian conocido á Loyola en las tres ciudades indicadas, y sabiéndole inocente de los delitos que le imputaban, le absolvieron como testigos, después de haberlo verificado como jueces. La impostura fue confundida, y el Agustino salió para Génova, donde fulminó una obra contra la santa Silla, que mas tarde castigó la Inquisicion quemando vivo á su autor.

Mas pensando Ignacio, y con justicia, que la reputacion le es al hombre mas necesaria que la misma existencia, no quedó satisfecho con un testimonio tan patente de su inocencia.

Habian infamado á sus hermanos, y era un deber suyo el defenderlos. Un acontecimiento inesperado justificó la conducta de los diez Jesuitas. El invierno de aquel año, 1539, fue riguroso en Roma, al que se siguió una horrible escasez de cereales. Veíase á los indigentes escuálidos y muertos de hambre en las calles y pórticos de las iglesias, sin fuerzas para demandar un débil socorro. Loyola y sus compañeros subsistian, como los demás miserables, de la beneficencia del público, que solicitaban de una en otra casa. Vióseles recoger por las calles á los indigentes desnudos y sin asilo, franqueando á estos desgraciados la casa que ellos mismos habian recibido de limosna, proveyendo de camas á los enfermos, de pan á los hambrientos, y de un abrigo á los desamparados; por último, estimulando la compasion de los ricos, ó triunfando de la indolencia de los poderosos, llegaron á proveer de alimento y vestido á mas de cuatro mil personas.

Desde este momento dejó de imputárseles el crimen de herejía. El pueblo los contemplaba ortodoxos desde el instante en que se habian sacrificado en su favor.

Sabia Ignacio perfectamente aplicarse el proverbio que dice: «Cuando un vizcaino introduce un clavo en la pared, si se le rompe el martillo, golpea con su cabeza.» Intentando Loyola hacer triunfar á todo coste la idea que tenia fijada en su mente, se apresura á formular un Compendio de las constituciones que todos de comun asentimiento habian concertado en diferentes ocasiones. El cardenal Gaspar Contarini fue el encargado de presentar al Papa el plan del futuro Instituto. Paulo III, después de haberle leído y examinado con atencion, exclamó, segun dicen: «aquí está el «dedo de Dios.»

El elogio que Su Santidad acababa de hacer de su Orden naciente inspiró á Ignacio la idea de suplicar al Santo Padre que tuviese á bien confirmar por una bula auténtica el instituto que habia aprobado de viva voz y sin restriccion alguna; pero la corte pontificia, que tiene por principio el no precipitarse jamás con respecto á los negocios ventajosos á la Religion ó á su política, aplazó su demanda. De tiempos inmemoriales el sacro Colegio es un senado de principes de la Iglesia, togados de púrpura que convencidos de la perpetuidad prometida á la fe, dejan pasar las horas y los dias sin dedicarse á los negocios. Son otras tantas imágenes de aquel Fabio Cunctator que salvó la antigua Roma á fuerza de di-